

OFRENDA

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES

LALÍN

20 · 09 · 2026



Mons. Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

HOMILÍA

Is 55, 6-9; Flp 1, 20c-24.27a; Mt 20, 1-16

Queridos hermanos,

Celebramos hoy la fiesta de la Virgen de los Dolores, patrona de Lalín.

Lo hacemos como una gran familia, representada aquí por la comunidad parroquial, en la que el Sr. Alcalde ha tomado la palabra en nombre de todo el pueblo. Es un día de gran alegría para todos, en el que reafirmamos juntos los horizontes buenos de nuestra vida. Porque festejamos como pueblo de Dios, que une a vivos y difuntos, que no tiene fronteras, porque su corazón y su fuente de vida es un amor infinito que celebramos en cada Santa Misa, en este gran sacramento del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo y de su resurrección para la salvación de todos.

Este tesoro vivo de amor, de sacrificio, de esperanza sin límites, que nos viene de Cristo, es el corazón de nuestra fe. Así creemos, así pensamos, así han vivido los nuestros, quienes hicieron nuestras casas y tantas personas queridas a las que debemos mucho; y así queremos vivir nosotros.

Hoy celebramos esta unidad profunda, que no estamos solos, como expresa de modo único la Santísima Virgen María, la Virgen de los Dolores. El Señor Jesús nos la dio desde la cruz, como nuestra Madre; y el discípulo, todos los cristianos, la recibimos para siempre como algo propio. María no es para nosotros alguien ajeno, como alguien de otra casa, un vecino o una visita, sino parte de nuestra vida, familiar nuestra.

Ella es Madre y además como Virgen de los Dolores, conocedora del sufrimiento, sabedora de la entrega de su Hijo, unida de todo corazón a Él en su pasión. También Ella aceptó dar lo más amado, a su Hijo querido, por nuestra salvación, por nuestro bien. El sacrificio de la Cruz sucedió con el acuerdo de su corazón.

Esta es la familia que Dios quería para nosotros: unidos a su Hijo Jesús, conocedores de su amor; viviendo con esta certeza en el corazón, cuidando unos de otros y protegidos ante todo por su Madre y la nuestra, la Santísima Virgen María.

Pertenecemos a esta casa y siempre podemos volver a ella, como hacemos de modo festivo y solemne hoy. No queremos olvidar de donde somos, qué creemos, donde hemos puesto nuestra esperanza. Estas son nuestras raíces, con las que podemos afrontar todos los desafíos de la vida; que nos permiten asumir los trabajos que hagan falta, como Pablo, que no teme ni la vida ni la muerte, sino que desea dar en cualquier caso fruto bueno.

Aquí podemos pedir amparo y consuelo, encontrar el perdón y la misericordia que necesitamos, estar seguros de la victoria incluso ante la muerte. Aquí miramos a nuestros seres queridos difuntos con una esperanza cierta, sin miedo de una separación que es más pequeña que el amor del Señor Jesús, que el amparo de la Santísima Virgen.

Estos bienes queremos transmitir de generación en generación, junto con la devoción a la Virgen de los Dolores. Y esto queremos que encuentren igualmente quienes vienen de lejos, atraídos por una vida que se expresa de modo verdaderamente humano. Que podamos compartir siempre lo que somos: no sólo medios materiales, sino ante todo lo que llevamos dentro, lo que da razón de nuestra manera de ser y de vivir: nuestra fe, nuestra certeza del amor de Dios, de la verdad del Evangelio, nuestro ser parroquia y ser Iglesia.

Miremos un año más y siempre a Santa María, la Virgen de los Dolores. Así cumpliremos lo que nos decía el profeta: Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca. En María el Señor se deja encontrar, siempre, desde que fue niño, en el momento de la cruz y en la alegría de la resurrección, y hoy mismo.

Guardar viva la devoción a la Bienaventurada Virgen María, rezarle y pedirle, será la mejor protección para nuestra vida y nuestras casas; para que sigamos nuestro camino según los planes de Dios, en cuya bondad y sabiduría confiamos.

Acerquémonos a Ella como a nuestra Madre y pidámosle su intercesión y amparo, por nuestras necesidades y por las de nuestros seres queridos, por todo aquello que llevamos en el corazón. Pidamos por la paz en nuestra tierra y en todo el mundo, por el fin de las guerras y por los pueblos que las padecen.

Encomendemos hoy especialmente este pueblo de Lalín a la Virgen de los Dolores, y pidámosle que lo mire como a cosa propia. Que interceda por sus gentes y sus familias, por sus autoridades –por el Sr. Alcalde–, en su importante servicio al bien común. Que consuele a los enfermos y a los que sufren, proteja a niños y jóvenes, bendiga los matrimonios, sostenga el esfuerzo de cada día. Y, sobre todo, que nos guarde en el bien, confiados en la bondad infinita del Señor, que sabe ver la labor de cada uno, de pequeños y grandes, incluso de los últimos, y no nos paga según nuestros méritos, sino según la riqueza de su gracia sobreabundante, como nos aseguraba hoy el Evangelio.

Santísima Virgen de los Dolores, Patrona de esta parroquia y este pueblo de Lalín, ruega a tu Hijo por nosotros. Amén.